

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1955

Núm. 1042

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

UN CUENTO DE NAVIDAD

Por J. M. PEMAN

¡Prrrrin! Esto es el timbre de mi puerta que suena, porque hemos convenido en que los timbres producen esta extraña aglomeración de consonantes.

Un momento después entra en mi despacho la condesa de S. Lázaro, elegantemente vestida, con el cuello rodeado de perlas y esparciendo un suavísimo perfume. Se sienta delante de mi mesa.

—¡Oh mi querido amigo! vengo a pedirle un pequeño favor. Usted sabe que presido la «Real Junta de Damas Visitadora de Niños». Pues bien; proyectamos celebrar una fiestecita de Navidad. Será probablemente en el patio de mi casa. Un gran árbol de Noel; en las ramas juguetes y copos de algodón para que parezca que ha nevado. El algodón se parece mucho a la nieve.

—Eso dicen...

—Luego los niños irán desfilando con sus trajecitos nuevos, y mi portero, vestido de Santa Claus, con gran barba, les irá dando los juguetes. En lo alto del árbol habrá un letrero hecho con letras de cartón forradas de papel de oro que diga: "Happy christma"

—¿No le parece que eso quizá no lo van a entender los niños?

—Los pobres no lo entienden tampoco en español. Pero así es más «chic». Bueno: luego los niños cantarán un himno que les han compuesto, dándome las gracias. Muy bonito. Yo no querría esto. Pero, en fin, hay que resignarse. Mi administrador, que es el que lo ha compuesto, está muy disgustado porque no ha podido nombrarme directamente en la letra. Dice que eso de condesa de San Lázaro es muy difícil de meter en verso, porque es... ay, ¿cómo dice?...

—Esdrújulo, señora.

—Eso es. Bueno: a lo que íbamos. Como después de repartir los juguetes obsequiaré con refrescos a mis amigos, pienso hacer una invitación para la fiesta en pergamino. Una cosa sencilla y elegante. Para darle una nota nueva, querría que fuese en ella un cuentecito de Navidad... Y he pensado en usted, querido amigo. No me lo

niegue: esto es bien sencillo. Con un niño pobre, otro rico y un escaparate con pasteles se hace un cuento de Navidad bastante razonable.

—Bien, bien, señora. Trataré de complacerla. Veamos. La escena del cuento puede ser una buhardilla.

—¡Oh, delicioso! Me encantan los cuentos que pasan en una buhardilla. Seguramente pensará usted que en esa buhardilla haya un niño pobre que tiene frío y hambre. Luego entrará a visitarlo una señora elegantemente vestida. Ese momento de la entrada de la señora en la buhardilla es siempre emocionante. Al salir, el niño pobre le besará la mano ¿verdad?

—Vamos despacio, señora. Todo irá llegando. En la buhardilla hay un niño pobre efectivamente. Es rubio y guapo como un sol. En un rincón, sobre un cajón vacío, el niño ha improvisado un nacimiento. Porque estamos en Navidad...

—Hace mucho frío, por consiguiente

—Regular, señora. El nacimiento se reduce a unos montoncitos de arena con lentisco; un portal que le ha hecho su papá con una caja de zapatos, vieja; y unas figuras recortadas en cartón por el mismo niño. El padre no tiene para otra cosa.

—Pero de pronto entra una dama elegante...

—Eso es. Entra una dama y...

—Los papas del niño se apresuran a ofrecerle una butaca...

—Perdón, señora. En las buhardillas no suele haber butacas... Continúo. Quedamos en que entra una dama elegantemente vestida.

—No olvide advertir querido amigo, que la dama pertenece a la «Real Junta de Damas Visitadoras de Niños». Lo digo porque hay que estar en todo. Es menester que no puedan creerse que pertenece al «Sindicato de Obreras» de D.ª Antonia. No es que yo tenga nada en contra del Sindicato de doña Antonia. Dios me libre. Aunque las malas lenguas lo digan por ahí. Pero en fin, a cada una lo suyo. Pero a todo esto nos olvidamos de nuestro cuento...

—Quedamos en que ha entrado la

señora en la buhardilla. Trae un paquete en la mano, lo deslía, ante los ojos encendidos del niño, aparece un muñeco de nacimiento, grande, precioso de la más fina muñequería de pasta. Es un pastor tocando la gaita, lo menos ha costado cinco pesetas.

Oh, ponga usted diez. La Real Junta no escatima. Además ahora estamos en fondo con el «cine» benéfico ¿No ha oído hablar de él? Tenemos en casa «cine» a beneficio de la Junta. Películas escogidas. En los entreactos se rifa todos los días una licorera. Siempre es la misma, porque al que le toca se le ruega la vuelva a regalar.

—Muy ingenioso, señora. Pero continuemos: la dama con gran regocijo de todos deja su muñeco caro y fino en el pobre nacimiento de la buhardilla. Da gusto ver al pastor tan erguido y ufano, en medio del pobrecito nacimiento de cartón. Es más alto que el portal.

—¡Oh, me enternezco, me enternezco!

—La señora sale, dejando tras sí una estela de perfume. Antes de salir, advierte a los padres que cuiden de que el niño no toque al muñeco, no lo vaya a romper. Todos le dan las gracias... A los pocos momentos se oye alejarse en la calle la bocina de un auto.

—Y aquí termina ¿verdad? ¡Precioso! ¡Tiernísimo!

—Un momento todavía, señora. No bien se ha ido la dama elegante entra en la buhardilla la tía Colasa. La tía Colasa es la vecina del piso bajo: una viejecita muy arrugada y muy pobre. Tiene muy buen corazón y quiere mucho al niño rubio. La pobrecita deslía un papel de estraza que trae y saca un muñequito, basto y pobre, de los que venden en el mercado a cinco céntimos. La infeliz no puede comprar otra cosa, y aún ése le costó estirar sus ahorros. El muñequito es un pastor que, hincado de rodillas, está ofreciendo una oveja. Desde luego es una oveja, aunque parezca un perro de aguas. La mano arrugada de la tía Colasa coloca su pobre muñequito ante el pesebre de cartón. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Le sigue gustando?...

—No está mal, no está mal...

—Luego la familia toda canta villancicos delante del nacimiento.

El niño rubio, encendido de alegría, se entretiene en variar de posturas al pastor de la tía Colasa. Al otro no se

atreve a tocarlo, no se vaya a romper. Mira con cierto recelo cómo toca su gaita, erguido y displicente por encima del techo del portal. De pronto, su papá le pregunta: «Monín, ¿cual de los muñecos te gusta más? Y el monín responde con sencillez: el de la tía Colasa»

—Pero esto es absurdo, querido amigo.

—Dos palabras nada más y termino, señora. Decía que el niño rubio contesta que le gusta más el de la tía Colasa. Y entonces el Niño Jesús se incorpora en su pesebre de cartón y, abriendo sus labios de carmín, añade lacónicamente: «Y a mí también»

—Oh pero esto es un final extraño e incomprensible. Veo que no ha comprendido usted mi idea. Será mejor dejarla.

—Sí, señora. Mejor será...

El Héroe y la Reina

Sevilla, la mora, la del Uad-al-Kebir, la del Alcázar, la de la Torre del Oro, está hoy más llena de sol que nunca. El cielo es también más azul, sin una nube que empañe su transparencia cargada de vibrantes puntitos que parecen motas de luz estallando en minúsculos relámpagos. Por las calles, los blancos albarnoces de los moros que quedaron en la ciudad cuando ésta fué tomada por los cristianos, se deslizan ágiles junto a los nietos de los que la conquistaron. No han llegado aún los tiempos de odios feroces. Moros y cristianos son igualmente españoles, todos han nacido bajo aquel sol y aquel cielo y a la vez se dirigen hacia el mismo sitio: hacia el Alcázar de los antiguos gobernadores árabes.

¡Ha llegado a Sevilla la flor más bella de las mujeres de España! Todos desean ver su rostro majestuoso, contemplar su figura, aplaudir su grandeza y requebrar a la que, por muy soberana que sea, es también mujer y se siente íntimamente halagada contemplando desde uno de los ventanales de su residencia aquel mar de sevillanos cubiertos con el turbante de los hijos del Islam, o con el casco de acero de los soldados que han intervenido en la conquista de Granada, o con la gorrilla de terciopelo del hidalgo o vestidos con las ropas de los hijos del pueblo.

Todos gritan, vitorean, aplauden. La reina Isabel—a quien se empieza ya a apellidar la Católica—saluda con una leve inclinación a los que le rinden aquel homenaje y, después de premiarles con una sonrisa, regresa al interior del aposento. Tiene mucho que hacer. La larga guerra sostenida para librar definitivamente a España de sus invasores africanos ha terminado al cabo de ocho siglos. Acaso piensa en aquel "genovés" que tan bien sabe expresarse en castellano y que hace unos meses marchó con tres carabelas en busca de un nuevo camino al Asia, a la conquista de las especias, cuya venta ayudará a rehacerse a la maltrecha economía de un país que por primera vez ve realizada su unidad nacional. Tal vez adivine

que aquel hombre de cabellos rojizos y ojos de iluminado está abriendo la puerta a la mayor grandeza de España.

Pero los representantes de la ciudad, los alcaldes, los nobles, todos se reúnen alrededor de la reina. Quieren mostrarle detalladamente las bellezas de Sevilla; desean que visite todos los rincones de la perla del Guadalquivir.

E Isabel I, con una sonrisa, accede a seguirles y sale del aposento entre las inclinaciones de los cortesanos, apoyada una leve mano sobre el brazo de un viejo noble.

No se vacila acerca de cuál ha de ser el primer lugar que visite la soberana. ¿Qué es lo más hermoso de Sevilla? ¡La Giralda! La torre de la antigua mezquita, hoy convertida en iglesia cristiana, pero conservando todo su sabor agareno! La parte superior está un poco maltratada por el terremoto de hace unos años y se han hecho obras para impedir que se desmorone. Aún coronan los andamios el último extremo de la edificación; pero no hay ningún peligro.

Y la soberana, acompañada de su corte, asciende pausadamente hacia la cúspide de aquel mirador, desde el cual podrá contemplar a sus pies toda la capital andaluza dividida por las aguas del río.

Al llegar a la plataforma que los cálidos vientos azotan con suave fuerza, Isabel no puede contener una exclamación que llena de orgullo los corazones de los que la acompañan. ¡Qué hermosa es la ciudad vista desde allí!

Y durante unos minutos contempla el maravilloso panorama.

Entre los que van con ella figura un hombre joven, más bien pequeño, pero de cuerpo bien proporcionado; de rostro agradable y sobre todo lleno de simpatía; con las piernas algo arqueadas por el mucho cabalgar, todo músculo y ligereza. Como cuantos han visto a Isabel, se siente enamorado de la mujer y de la reina. Es un amor platónico, sumiso, propio de un caballero. Es un amor que empezó en el campamento de Santa Fe, durante el sitio de Granada, cuando el joven guerrero vió pasar por primera vez ante él a la soberana de Castilla. Desde entonces latió en su pecho el anhelo de conseguir que se fijara en él. Cuando sabía que desde la atalaya de su casa asistía Isabel a alguna escaramuza, el joven luchaba con más ardor, descargando mayores golpes y derribando a cuantos enemigos encontraba a su paso. Pero la distancia era demasiado grande. La reina veía triunfar a sus guerreros, mas no podía distinguir al mejor de todos.

Ahora está cerca de ella, ha notado varias veces que la mirada de aquellos hermosos ojos, un poco soñadores, resbalaba por encima de él sin detenerse. ¿Qué haría para retener durante unos segundos, o un minuto, la atención de la reina?

El joven busca a su alrededor la solución a su anhelo. De pronto su vista permanece clavada en un punto con larga fijeza. Un madero de los andamios sobresale, recto, unos seis metros sobre el vacío, fuera de la torre.

No vacila, casi ni reflexiona. De un salto se encarama en la balastrada de piedra que rodea la plataforma y avanza sobre la estrecha viga. Corriendo como si estuviese en el más firme de los terre-

nos, va hasta el extremo. Allí se detiene y levanta un pie, asomándolo al vacío y sosteniéndose sobre el izquierdo, mientras Isabel y sus damas lanzan gritos de horror ante la loca audacia de aquel muchacho que expone su vida para hacer gozar a la soberana de España de una emoción más.

Tal vez la reina comprende que el hidalgo sólo aspira a que ella le mire y que por eso no vacila en exponerse a caer y destrozarse contra las piedras de la calle.

Pero ya vuelve; con un ligero salto se ha puesto de cara a la torre, y con una alegre sonrisa en los labios regresa con los brazos ligeramente extendidos para conservar el equilibrio. Los gritos de las damas aún continúan; pero Isabel la Católica ha callado. Toda su atención está fija en el audaz y sonríe complacida. Comprende que en aquel corazón valiente hay amor hacia ella. Y, como toda mujer, se siente halagada. En cambio, si aquel amor fuese expresado con palabras, sus dulces ojos lanzarían llamaradas de ira.

No es preciso. Realizada su proeza, el joven hidalgo regresa al grupo de donde ha salido, y la comitiva real, aún estremecida, comienza a descender de la torre mora.

La reina Isabel se inclina hacia su acompañante y le pregunta:

—¿Quién es ese loco?

Y el noble contesta:

—Es un protegido del duque de Medinaceli y del arcediano Fonseca. Se ha distinguido en las guerras de Granada. Como Vuestra Majestad habrá podido ver, es valiente hasta la temeridad.

—¿Y cómo se llama?—inquire la soberana.

—Alonso de Ojeda.

Aquella noche el historiador anota el suceso entre los demás hechos ocurridos durante el día. Años más tarde, cuando se trata de escribir la historia de la Conquista de América, Antonio de Herrera desenterrará la anécdota y la trasladará a su libro. Y así aparecerá por vez primera, ante los ojos de la eterna posteridad, el nombre del precursor de todos los grandes conquistadores.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y la humilde sencillez de unos pastores, fué el primer homenaje que Dios recibió al aparecer entre los hombres.

Orgullo, presunción, apariencias humanas. Eterna representación de una farsa, que los hombres se empeñan en ostentar ante sus semejantes, como si fueran ciertas las apariencias de su disfraz, logrado, muchas veces, por caminos tortuosos.

"El gran teatro del mundo", la comedia tan bien o mal, a veces, representada, por tantos ambiciosos, llenos de orgullo, faltos de inteligencia, audaces en sus decisiones irresponsables, sin escrúpulos cuando se trata del bien propio, ciegos a los intereses de los demás, vanos en sus relaciones sociales, despreciativos con el humilde e hipócritas, cuando así conviene a sus par-

ticulares intereses, *sepulcros blanqueados*, hombres despreciados, hasta por sus mismos amigos que les adulan momentáneamente, y más tarde, cuando la irresponsabilidad reina, son los verdugos de sus pecados.

La humilde sencillez del hombre bueno, contrasta con el orgulloso y con el vano. El humilde, siempre digno en su humildad, es siempre grato también a los ojos de Dios. También el mundo ve la grandeza de muchos humildes y sabe elevarla a las alturas, pero, por lo general, el mundo no ve más que las águilas, porque están sobre sus cabezas, y no ve las flores de hermoso color, que iban quedando en el borde del camino, grandes en su belleza y magníficas en su humilde sencillez.

Si la caridad cristiana reinara entre los hombres y entre los pueblos, otra sería la suerte del mundo.

El precepto evangélico, que brota por todas las páginas de la vida de Cristo, nos lo repite constantemente, y nosotros, somos sordos y no queremos oír. Ese precepto, nos daría la felicidad íntima y la felicidad social. El amor, llena el alma de gozo. El odio destruye la felicidad.

Pero la pasión ciega y quien tiene ojos no ve, y quien tiene oídos no oye. Desgraciados aquellos que se hacen ciegos y sordos a la llamada de Dios.

El nos llama en todas las páginas del Evangelio por medio del amor y de la caridad. Desde la cuna hasta el Calvario es un continuo grito de amor.

Escuchad, humanos. La voz de Dios, nos da la clave de la felicidad.

... Y paz a los hombres de buena voluntad.

R.

Sentencia del Sabio

Un pobre hombre iba cierto día al monte por una carga de leña para venderla después y comprar con su producto pan para alimentar a sus hijos, cuando se encontró en el camino una bolsa y dentro de ella 100 doblones de oro, cuya vista alegró el corazón. El aldeano los contó con placer, formó proyectos y echó cálculos agradables, descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y felicidad. Después reflexionando que aquel dinero tendría dueño, se avergonzó de sus proyectos, y escondiendo la bolsa se marchó al campo a su trabajo. Pero al llegar la noche la leña no se había podido vender, y el aldeano y su familia no tenían pan.

—¡Terrible tentación!—decía el pobre hombre—; pero este dinero no es mío, y no debo gastarlo. Dios, que cuida de las aves del campo, cuidará de mí y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles de la inmediata ciudad el nombre del que había perdido el dinero, ofreciendo 30 doblones al que se lo entregase.

—Aquí tenéis vuestro dinero—dijo el buen aldeano, presentándose al dueño. Pero éste, por librarse de pagar la

oferta, examinó la bolsa, contó el dinero y dijo, fingiendo enojo:

—Mi bolsa es ésta, pero el dinero no está completo, porque yo tenía en ella 130 doblones, y sólo me traéis 100; conque os habéis guardado los demás, y esto no puede quedar así. Voy a decir que os castiguen por ladrón.

Los dos contendientes fueron conducidos a presencia del juez, quien comenzó diciendo al aldeano que le hiciese una relación sencilla y verdadera del suceso:

Yo, señor—contestó—, encontré la bolsa yendo al monte; conté el dinero y sólo había 100 doblones.

—¿Y no has pensado que con ese dinero podrías ser feliz?

—Tenía en mi casa a mi mujer e hijos esperando la leña que había de llevar a vender y comprar pan. Perdonadme, señor, si miré con codicia ese dinero. Después reflexioné que tendría dueño, tal vez con más obligaciones que yo; lo escondí, y en vez de volver a mi casa me fui a trabajar.

—¿Has dado cuenta a tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia y me he callado.

—¿Y nada, absolutamente nada has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos se han quedado sin comer, porque la leña no se pudo vender.

—¿Qué decís?—preguntó el juez al dueño del dinero.

—Señor, que todo lo que dice ese hombre es falso, porque mi bolsa tenía ciento treinta doblones y sólo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas—dijo el juez—; sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar. Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho más cuando pudiste guardarte todo o una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de buena posición y de mucho crédito para que podamos presumir de ti un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha hallado este hombre, con 100 doblones, es distinto del tuyo, que tenía 130. Recoge, pues, el bolsillo, buen hombre—dijo al leñador—, y llévalo a tu casa hasta que aparezca su dueño; y si por casualidad te vuelves a encontrar otro con 130, llévalo a este comerciante; como será el suyo te dará los 30 doblones que ofreció. Entre tanto, como premio de la honradez con que te has portado en medio de tu pobreza, señalo para ti y tu familia 30 doblones al año sobre mis rentas.

El juez fué el duque Alejandro de Médicis.

El próximo número es el extraordinario de las BODAS de ORO. Saldrá el día 2 de enero

Ya están muy adelantados los trabajos y originales para que salga al público nuestro número extraordinario a los CINCUENTA años del nacimiento de este periódico.

Algunos lectores y amigos han apor-

tado alguna ayuda económica que mucho agradecemos, pues dicho número extraordinario significará bastantes gastos. No obstante, como estos acontecimientos no ocurren nada más que cada veinticinco o cincuenta años, esperamos salir adelante con todas las consecuencias.

El cálculo aproximado es de unas dos mil pesetas, pero bien lo merece el acontecimiento que celebramos.

Agradeceríamos a quienes quisieran que figurase su anuncio en el periódico nos lo comuniquen rápidamente. Esta ayuda sería muy eficaz y al mismo tiempo práctica, en beneficio de sus intereses.

Lo extraordinario de este periódico consiste en un aumento de tamaño muy apreciable, con la consiguiente ampliación de temas, y al mismo tiempo reparatos gratuitos a todos aquellos colegios, catecismos, hospitales, que tanto insisten en recibir nuestro periódico y que muy pocas veces, podemos enviar, al tener que alternar en su reparto. La tirada, por tanto, será aumentada, para que en esa fecha no quede nadie sin nuestro número extraordinario de las BODAS DE ORO.—La Dirección

ROMANCE DE LA MISA DE GALLO

Sobre el ara de una virgen celebra su misa el Padre. Las estrellas de la noche son las candelas que arden, y los lienzos de una cuna le sirven de corporales.

Asisten unos pastores soñolientos, que entreabren sus ojos llenos de pasmo ante tales novedades.

El "Gloria in excelsis Deo" entona un coro de ángeles. Introito de bienvenidas, oración emocionante; epístola que rebosa de noticias familiares; evangelio de promesas y de presentes verdades.

Del símbolo, los pastores rezan la primera parte diciendo llenos de asombro, solamente: ¡Creo en Dios Padre!... que el Hijo es una promesa en sus mentes ignorantes.

Canon de la santa misa; prefacio de gloria... ¡Canten los ángeles la alegría que ya los hombres comparten!

Las campanitas del cielo en voces de paz se abren... ¡Dios Padre, va a consagrar!... Se inclina, y en los pañales deja caer sus palabras como gotas de su sangre... ¡Hoc est, enim, Corpus, meum!... ¡Y el Hijo, Dios niño, nace!...

Qué emoción la de María, y qué emoción la del Padre! ¡No puede seguir su misa de tanta emoción! ¡Quién sabe si andando el tiempo, en un monte, su mismo Hijo la acabel!...

Hermenegildo Rodríguez

● Comentando 

**MOTOCICLETAS, SI;
MOTOCICLETAS, NO**

Me daba la sensación de que se avecinaba una campaña movida sobre las motocicletas, parecida a la de hace años sostenida con verdadero tesón y constancia, desde estas mismas columnas, sobre las bicicletas. El ambiente era parecido, y el motivo similar. No obstante, los resultados fueron distintos, pues a la primera de cambio varió el panorama, y un sencillo "mea culpa", fué lo bastante para que amainase el temporal.

De los arrepentidos es el reino de los cielos, reza el refrán castellano, y en este caso, puede ser aplicado con toda la fuerza argumental de su sentido. No me parece discreto que las palabras y las acciones caminen separadas, sin cogerse de la mano al caminar, y eso fué lo que motivó mi anterior comentario. "Sustituto", que es quien firma la contestación a mi alegato, confiesa que de él partió la idea de hablar contra esa representación de la civilización moderna y del progreso que honra al siglo XX en el nombre de motocicleta. El confiesa, también, mi resistencia, a atacar de una manera directa, firme y despiadada a tal artefacto, y cómo después de muchos forcejeos su autoridad venció por pocos puntos sobre mi debilidad, y ya decidido a escribir sobre tal asunto, busqué argumentos contundentes para hacer desaparecer de la faz de la tierra hasta la última motocicleta.

Lo pasado después, ya lo sabe el lector. Mi intención de contentar a quien podía ascender la remuneración de mis escritos, se vió frustrada por la inconveniente distracción de "Sustituto" pasando, caballero en su moto, por delante de mis propias narices. Confieso que se me sublevó la sangre, que me cegué y que hice lo que hice. Y el resultado fué mi último comentario.

Y hasta aquí, el asunto tal como fué. Y ahora, va lo más gordo de la cuestión. El arrepentimiento de "Sustituto" y el gentil reconocimiento público de su conducta, tan en oposición con lo que me pedía, llena mi corazón de congoja, y hace asomar a mis labios, también, una sincera confesión, que espero será seguida por el perdón general de la culpa que hoy confieso.

Todas aquellas negaciones mías a escribir contra las motocicletas; todos aquellos entusiasmos que dije sentir por ellas a "Sustituto" eran falsas e iban en contra de él que efectivamente era mi modo de pensar. Sólo turbios, muy turbios pensamientos animaban mi mezquino comportamiento, buscando ocasión de que los palos que sobre mí caen en otras ocasiones, descargasen sobre las espaldas de quien me pedía el artículo en cuestión.

Y es que un deseo de venganza, como una víbora mantenida oculta durante muchos años, anidaba en mi interior, esperando la ocasión propicia para morder y emponzoñar a mi contrincante. Hace muchos años que existía esta rivalidad, nacida de una mala partida por mi jugada, Y que me roía la conciencia, y a la que quería callar, o al menos dormir, haciéndome pasar por víctima de quien en efecto lo era mía.

Mas detalles, con los pormenores de los principios de esta rivalidad, los encontrará el caro lector que tenga la paciencia de leerme en uno de los próximos números.

Hero

CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION

"Material de URTELLITA"

Planchas, Tubería, Depósito

Covadonga, 27 - GIJON

Teléfono 1817

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.



Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)